

La burbuja hermenéutica: geopolítica e interdependencia

Adrián Rocha¹

Consejo Argentino para las
Relaciones Internacionales
adrianhrocha86@gmail.com
Argentina

The Hermeneutic Bubble: Geopolitics and Interdependence

Recibido: 11 de abril de 2025

Aceptado: 26 de mayo de 2025

Resumen

El objetivo de este artículo es plantear la hipótesis de que, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, se ha ido creando un sistema de pensamiento que se afianzó cada vez más en la medida en que la economía mundial se integraba progresivamente. Este sistema de pensamiento pondera la interdependencia de los actores del sistema internacional por encima de los clásicos problemas geopolíticos y de interés nacional. Se afirma aquí que este sistema de pensamiento nos ha introducido en una “burbuja hermenéutica” que nos hizo perder de vista que esos factores clásicos de la lucha por el poder de los Estados siguen más vigentes que nunca. Se justifica esta posición recurriendo al accionar de Rusia en los últimos años y al surgimiento de China, intentando demostrar que en ambos casos el rol del Estado ha sido clave y que, por esto mismo, no hay sistema de cooperación ni formas de la interdependencia que puedan socavar la

¹⁾ Licenciado en Ciencia Política por la Universidad Abierta Interamericana. Consultor y miembro del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI). <https://orcid.org/0000-0003-0538-0316>.

prosecución y actuación del interés nacional de las grandes potencias cuando estas consideran que deben hacerlo valer.

Palabras clave

Sistema de pensamiento, interdependencia, interés nacional, geopolítica.

Abstract

The aim of this article is to put forward the hypothesis that, since the end of World War II, a system of thought has been created that has become increasingly entrenched as the world economy has become progressively more integrated. This system of thought places the interdependence of the actors in the international system above the classic problems of geopolitics and national interest. It is argued here that this system of thought has introduced us into a “hermeneutic bubble” that has made us lose sight of the fact that these classic factors of the struggle for state power are still more relevant than ever. This position is justified by recourse to the actions of Russia in recent years and the rise of China, in an attempt to demonstrate that in both cases the role of the State has been key and that, due this reason, there is no system of cooperation or forms of interdependence that can undermine the pursuit and performance of the national interest of the great powers when they consider that they must assert it.

Keywords

System of thought, interdependence, national interest, geopolitics.

Introducción

A la luz de los acontecimientos de los últimos dieciocho años, es lícito replantearnos una serie de interpretaciones que hemos naturalizado acerca del orden internacional. El “fin de la historia”, teorizado por Francis Fukuyama, así como la creencia compartida por muchos intelectuales, políticos profesionales y organismos internacionales respecto de que la interdependencia en materia comercial, comunicacional, científico-técnica y financiera habrían de atenuar los clásicos problemas entre Estados, creando condiciones para una mayor cooperación, tendieron a envolvernos en una

burbuja hermenéutica en la que se ha asentado gran parte de los estudios de las relaciones internacionales, influyendo en el diseño de políticas, tanto de organismos multilaterales como de gobiernos occidentales, fundamentalmente en Europa y Latinoamérica.

Esta *burbuja hermenéutica* no ha desaparecido aún hoy, en 2025, pero está claro que, al menos para algunos analistas, es posible comenzar a identificarla, pues los acontecimientos de los últimos años dieron lugar a un escenario global en el que aquellos presupuestos predominantes sobre el funcionamiento del sistema internacional han ido perdiendo, paulatinamente, validez histórica; esto es, capacidad para explicar con precisión qué ocurre en la arena de las relaciones entre Estados. Por supuesto que esa pérdida de validez explicativa no viene dada porque esos estudios fueran necesariamente malintencionados o “equivocados” a nivel teórico. Se trata más bien de un recurrente problema hermenéutico derivado de las condiciones históricas del surgimiento de toda teoría, en las que el marco epistemológico está profundamente signado por el escenario político, esto es, de poder, en el que cualquier perspectiva se desarrolla.

Desde el año 2007, el sistema internacional asiste a una reconfiguración cada vez más profunda. Una serie de hechos de gravitación histórica han ido acelerando un proceso de reconfiguración mundial. El discurso de Vladimir Putin en la Conferencia de Seguridad de Munich, en 2007, seguido de su intervención militar en Georgia, en 2008, así como la crisis de las hipotecas *subprime*, también en 2008, pero que comenzó a incubarse en 2007 debido al aumento progresivo de las tasas de interés de la Reserva Federal de los Estados Unidos, pueden ser vistos, a la luz de hoy, como momentos clave en el decurso de la política internacional contemporánea. En efecto, en 2008, la Reserva Federal se negó a rescatar a Lehman Brothers, y la quiebra de este desataría una crisis financiera de escala global cuyas traducciones sociopolíticas todavía reverberan en Europa.

Estos acontecimientos, tanto en el plano de la seguridad internacional como en el ámbito económico tuvieron impactos que anticipaban ya el cambio de rumbo del sistema internacional. Es cierto que la crisis de 2008 fue notoriamente más impactante que el discurso de Putin en Múnich y su intervención en Georgia en 2008, pero lo que resulta interesante para el análisis aquí

²⁾ Ver: <https://www.dw.com/es/reino-unido-expulsa-a-agregado-de-defensa-ruso-en-londres/a-69031303>

³⁾ Ver: <https://www.theguardian.com/world/2022/mar/10/oleg-deripaska-profile-putin-britain>

⁴⁾ Ver: <https://www.infobae.com/america/mundo/2025/03/09/descubrieron-en-reino-unido-una-segunda-red-de-espias-rusos-que-planeaba-asesinar-a-periodistas-con-metodos-mas-alla-de-la-imaginacion/>

⁵⁾ Ver: https://www.elconfidencial.com/espana/cataluna/2022-06-24/el-cni-grabo-a-espias-rusos-entrando-en-el-govern_3448703/

propuesto es que ambas cuestiones anunciaron el advenimiento de una nueva era en la política internacional. Esa nueva era estaría marcada por el activismo ruso, que tenderá a cambiar las relaciones internacionales y por la crisis financiera de 2008, que disparará condiciones para que ese activismo, de un lado, y el ascenso de China, de otro, acentúen más el radical cambio de escenario internacional. En el caso de Rusia, no se pueden negar las implicancias que tuvo su intervención cada vez más activa en numerosos asuntos globales y de seguridad internacional: en Europa, influyendo abiertamente en el Reino Unido² a través del financiamiento de partidos y movimientos políticos, oligarcas³ y redes de espías⁴; también en España, intercambiando favores con los líderes del independentismo catalán, en donde el CNI descubrió a agentes rusos ingresando en el *Govern* en medio de estas negociaciones⁵; en Oriente Próximo, a partir de su alianza con Bashar al Assad y con Irán; en África, a través del Grupo Wagner; y en América Latina, con su vinculación estrecha con la Venezuela chavista y con el gobierno de Ortega, en Nicaragua, mediante el establecimiento de redes de influencia, espionaje y desinformación que llegan a El Salvador, México, Brasil, Argentina. Este activismo internacional de Rusia se consolidaría con la invasión a Ucrania el 24 de febrero de 2022, la cual dotó al sistema internacional de una nueva configuración.

En el caso de la crisis económica que estalla en 2008 por la quiebra de Lehman Brothers, el impacto en la economía global será tan severo que dará lugar a movimientos políticos dentro de Europa que favorecerán la estrategia trazada por Rusia en torno de estimular divisiones a través de la desinformación y de la guerra psicológica, a los efectos de desafiar el orden internacional que, según Putin, atentaba contra los intereses rusos, pues las ampliaciones de la OTAN, tal como señaló en la Conferencia de Seguridad de Múnich de 2007, iban en contra de la seguridad estratégica de Rusia. Pero la crisis de 2008 también proporcionó a China una histórica ventana de oportunidad para ofrecerse como un garante más estable y sólido en el sistema económico internacional. No es casual que apenas un año después de la crisis, en 2009, se diera el primer encuentro de los denominados BRIC (Brasil, Rusia, India, China), todavía sin Sudáfrica, en Ekaterimburgo, Rusia. Este encuentro fue impulsado fundamentalmente por China, que a partir de las crisis de 2008 consideró que su gravitación en la

economía internacional era lo suficientemente robusta como para iniciar una competencia directa y estratégica con los Estados Unidos, razón por la cual hizo pública, en 2013, su iniciativa de la Franja y de la Ruta.

La crisis de 2008 hizo mayores daños en aquellos países que más habían desregulado sus economías, por lo que la crítica a lo que dio en llamarse “el neoliberalismo” caló hondo en Occidente, y sobre todo en una generación perjudicada por los efectos de esas crisis. De esa manera, la discusión en torno del papel del Estado recobró un lugar en el debate público. En este contexto, la estrategia de Putin resultaba muy eficaz, pues su apuesta estuvo siempre enfocada en una recuperación total, schmittiana, de la autoridad del Estado ante las diversas tendencias desintegradoras del transnacionalismo liberal, una de las cuales era, en efecto, la integración económica global, aunque no la única⁶.

⁶ Las tendencias desintegradoras de la autoridad estatal son para la Rusia de Putin aquellas que vienen de la mano del avance de lo que podríamos denominar como “la cultura liberal”. Esta cultura se basa en la premisa de que la libertad del individuo debe ser respetada por las garantías del Estado de derecho. Esa libertad no puede estar sujeta a las decisiones de un soberano que busque unificar la estatalidad anteponiendo la noción de “pueblo”, en donde lo individual debería pesar mucho menos que lo colectivo. En ese sentido, la estatalidad rescatada por Putin se enfoca en la doctrina familiar de la Iglesia Ortodoxa, lo que por añadidura conlleva un rechazo hacia las políticas de la diversidad que promueven la Unión Europea y los Estados Occidentales en general, las cuales debilitan los fundamentos del Estado, pues tienden a feminizar áreas que, según los ideólogos rusos, no deben perder vigor, ya que las doctrinas militares y de defensa del interés nacional se construyen fundamentalmente con “hombres fuertes”, los conocidos “siloviki”. Pero esa estatalidad que Putin retomó también consistió en librarse lo más posible de las ataduras de los dictados del orden internacional globalista. En ese contexto, la geopolítica revisionista que recupera Putin busca restaurar el lugar de poder que le toca “por naturaleza” territorial y militar, pero también nuclear y armamentista a su país.

De esta crisis se logró salir solo con la ayuda de los Estados, lo cual reforzó más la concepción de que la estatalidad no podía perder preponderancia. Como bien indica Ian Kershaw:

La intervención gubernamental a gran escala para salvar al sistema bancario supuso una masiva transferencia de riqueza de los contribuyentes a los bancos. Los ciudadanos habían depositado sus ahorros y su confianza en los bancos en el convencimiento de que su dinero estaría seguro. En vez de eso, habían comprobado que en la práctica los bancos operaban como casinos. No es de sorprender que la confianza en los bancos cayera a mínimos. (Kershaw, 2019, p. 519)

Y es que, para evitar el colapso del sistema económico, en el marco de una economía tan interdependiente, era necesario salvar a los bancos, pues la imbricación financiera que existía entre el sistema bancario y el sistema económico y comercial hacía imposible limitar los daños al sector bancario y evitar así el traslado a todas las esferas económico-sociales. El costo de la crisis se llevaría puesto gobiernos, políticos, burócratas de organismos internacionales y agentes bancarios. Por supuesto, también barrería con ahorros y proyecciones de vida de miles de familias en Europa.

Socavar la estatalidad para integrar la economía mundial (y desintegrar al enemigo)

Ante estos cambios de magnitud histórica, resulta necesario realizar un ejercicio de imaginación teórica e histórica que, por lo demás, no se aleja demasiado de posibles hipótesis sobre lo que implicó la creación del sistema transnacional que surgió tras la Segunda Guerra Mundial. Este ejercicio teórico-histórico implica pensar que el sistema internacional concebido y creado a partir de 1944 no fue otra cosa que una estrategia diseñada por *un grupo dentro de los ganadores* de la guerra –con Estados Unidos a la cabeza– para evitar la expansión del comunismo. Cuando decimos “no fue otra cosa”, estamos sugiriendo que el único motivo, la única razón, el fundamento último a partir del cual se trazó esa estrategia fue *exclusivamente* evitar el avance del comunismo en los diferentes rincones del mundo, pues los ganadores de la guerra también habían sido la URSS y China, quienes desde 1945 pasaron a ser la nueva amenaza, por disponer, precisamente, de enormes zonas de influencia. La adopción de esta perspectiva supone, asimismo, hacer a un lado cualquier consideración histórico-inercial y teleológica acerca del avance “inevitable” del modo de producción capitalista unido a un sistema democrático representativo con instituciones republicanas: eso que entendemos por *liberal democracy*. Con esto estamos diciendo que los sistemas democrático-liberales y capitalistas que existen en el mundo han sido un *producto histórico* de una estrategia diseñada por un subgrupo dentro de los ganadores de la Segunda Guerra Mundial, y no una consecuencia “inevitable” del curso histórico. Por supuesto, esa estrategia implementada principalmente por Estados Unidos partió de una prospectiva que consideraba al capitalismo como un modelo superior a cualquier forma de colectivismo. Había una creencia de base, pero necesitaba ser ejecutada mediante una estrategia global.

Desde este ejercicio de análisis teórico, y, vale aclarar, algo reduccionista, asumimos entonces que la creación de esas instituciones clave de las relaciones económicas internacionales que hoy se consideran naturales para la humanidad no reflejaban *ne-*

cesariamente el inevitable avance del mundo hacia la integración comercial y hacia la democratización del poder: es decir, hacia lo que luego conoceríamos con el nombre de globalización. Esta perspectiva significa que el conjunto de organismos surgidos de Bretton Woods (el FMI y el Banco Mundial), así como la implementación del Plan Marshal, continuando con el GATT (antecesor de la OMC), la OCDE, el Banco Mundial, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (antecedente de la Comunidad Económica Europea y de la misma Unión Europea), fue, a decir verdad, un medio para un fin, pero no un fin en sí mismo. El fin: evitar la expansión del comunismo. El medio: la integración económica mundial y la promoción de la democracia liberal republicana.

Si bien el triunfo del capitalismo enraizado en la tecnología como fundamento de la eficiencia productiva podría considerarse como un proceso histórico que, al poner en crisis la voluntad política de los Estados (y este asunto exige un debate específico), se revela como relativamente autónomo, aquí intentamos sugerir que esa integración económica y cultural que tuvo lugar desde el fin de la Segunda Guerra Mundial no ha sido otra cosa que una estrategia montada por un sector de entre los ganadores de la guerra, como se dijo —con Estados Unidos liderando este proceso— para evitar que el sistema comunista se expandiera. Afirmamos así, siguiendo el patrón analítico propuesto, que la ampliación de la integración económica por medio de instituciones tendientes a crear mecanismos *relativamente vinculantes* en lo que hace a cuestiones arancelarias, fiscales, aduaneras y productivas, constreñía el accionar de sus miembros, ya que en eso consistía la estrategia: *debilitar la estatalidad clásica a los efectos de crear una red interestatal más vasta*, pero bajo la hegemonía de un conjunto de Estados (el *sub-club* de los ganadores), y con tendencia hacia un orden unipolar comandado por Estados Unidos. Esta estrategia afectaba sin duda a todos los países que se incorporaron a ella, e impactaría para siempre en las cadenas de suministro globales, pero en ese entonces tenía como fin constreñir el accionar de países que no pertenecían a este *sub-club* dentro del “club los ganadores”. La constricción venía dada por la sencilla razón de que los miembros del *sub-club* eran lo suficientemente fuertes a nivel económico (y militar) como para forjar un sistema que dañara periféricamente a todos aquellos Estados que osaran jugar “por afuera”.

La confianza en que el capitalismo como modelo social –e incluso como ideología política– ganaría esa batalla existencial por las mentes y los corazones era absoluta, pero eso no implicaba que esa batalla estuviera ya ganada de antemano, es decir, por “la inercia misma de la historia”. El *sub-club* de los ganadores debía poner en práctica una sólida estrategia para torcer la voluntad de poder de la geopolítica e ideología comunistas. Si seguimos con nuestra hipótesis, podemos inferir así que quienes diseñaron esta estrategia consideraron que era decisivo crear los incentivos precisos para que el curso de los acontecimientos dejase que la misma estrategia terminara por imponer su voluntad, pero porque en el fondo sus diseñadores confiaban en que el comunismo no tendría la capacidad de sostenerse. La estrategia, entonces, estaba basada en una *prospectiva realista* acerca de cómo podría darse el desenlace. No se trataba de una utopía, sino de un diagnóstico y una apuesta basados en un estudio prospectivo.

Así, este sistema de incentivos que se montó sobre la asfixia geoeconómica en el plano internacional y sobre la libertad individual en los asuntos internos de los Estados fue tan sólido y eficiente que cambió para siempre la historia de las relaciones internacionales. La caída del Muro de Berlín, en noviembre de 1989, y la disolución de la Unión Soviética, en diciembre de 1991, confirman, al menos hasta hoy, esta prospectiva estratégica del *sub-club* de los ganadores de la Segunda Guerra Mundial. El capitalismo ha sido definitivamente el modelo elegido por casi todos los países que hasta existen, con excepción de Corea del Norte y Cuba. Casos como los de Venezuela, Eritrea y la República del Congo entran en los denominados sistemas dictatoriales con similitudes a los de Cuba y Corea del Norte. La República Popular de China aparece como un caso único, pues ha logrado un equilibrio político (no democrático) entre el capitalismo más avanzado en el plano tecnológico y comercial y la concentración de grandes corporaciones en manos del aparato estatal y del partido que lo domina. Un capitalismo de Estado capaz de competir con los Estados Unidos, y, a la luz de lo acontecido en el siglo XXI, capaz también de liderar la globalización: una dialéctica de la historia.

Las relaciones internacionales para suavizar la lucha entre Estados

Desde 1945, los vínculos entre los Estados comenzaron a entenderse como relaciones “internacionales”, término que, si bien alude a las relaciones “entre Estados”, involucra asimismo la *interrelación* de estos a través de organismos multilaterales que los “obligan” a dialogar y a estar en contacto respecto de los acontecimientos del sistema internacional. En ese contexto emergen las Naciones Unidas, ya no como una mera “sociedad de naciones”, sino como una Organización orientada a fomentar la paz y la seguridad internacional, así como a conducir a las naciones hacia objetivos relativamente comunes respecto de la solución de conflictos. La Organización de las Naciones Unidas, sin embargo, no omitió pinceladas de realismo, y se dotó de un Consejo de Seguridad con miembros permanentes: los cinco países más importantes del mundo al finalizar la guerra: Estados Unidos, Rusia, Reino Unido, Francia y China⁷. El club de los ganadores.

⁷ La inclusión de la República Popular de China en el Consejo Permanente de Seguridad de las Naciones Unidas anticipó varias problemáticas que Estados Unidos enfrentaría: en efecto, el apoyo norteamericano al Kuomintang fue constante y el boicot llevado a cabo por la Unión Soviética a ese apoyo dentro de la ONU fue lo que finalmente permitió a las Naciones Unidas encabezadas por Estados Unidos contener la ofensiva norcoreana en la Guerra de Corea de 1950-1953.

Ante este escenario signado por la Guerra Fría, los países que no quisieron integrarse *plenamente* en el modelo de un mercado mundial cada vez más interdependiente y liderado por los Estados Unidos bajo un sistema de poder global, fundamentalmente la URSS y sus aliados del Pacto de Varsovia, pero también China, Vietnam y Corea del Norte, se vieron ante la necesidad de crear esferas de autonomía estratégica para sostener así sus sistemas políticos, que asimismo eran sistemas geopolíticos: el control territorial que ejercía Rusia a través de sus Repúblicas Socialistas Soviéticas y del Pacto de Varsovia podía ser visto por las esferas militares de Estados Unidos como una disputa estratégica que, en ese momento bajo la máscara del comunismo, todavía se mantenía fiel a los principios imperiales de la Rusia no marxista. El comunismo, si bien era y sigue siendo una ideología en el sentido más estricto del término, funcionaba también como un catalizador de la expansión del país que más poder tenía dentro del bloque socialista, por lo que Rusia, a los ojos de los estudios estratégicos, no había dejado realmente de ser Rusia: una potencia imperial y militar. No hay que olvidar un acontecimiento de

naturaleza estructural en el poder internacional acaecido en 1949, que Kissinger describe muy bien:

El equilibrio de poder tradicional se basaba sobre todo en la capacidad militar e industrial. Los cambios dentro de ese equilibrio solo podían producirse gradualmente o por conquista. El equilibrio de poder moderno refleja el desarrollo científico de una sociedad y puede verse amenazado de un modo drástico por desarrollos que tienen lugar exclusivamente dentro del territorio de un Estado. Nunca una conquista podría haber aumentado tanto la capacidad militar soviética como el fin del monopolio nuclear estadounidense en 1949. (Kissinger, 2016, p. 165)

La OTAN, fundada precisamente en 1949, aparece simultáneamente a la creación de aquellos organismos multilaterales que oficiarán de *configuradores de los incentivos* del mercado mundial. La articulación estratégica entre una alianza militar para la contención del comunismo en Europa, junto con el desarrollo de un conjunto de instituciones internacionales de orden económico con fines de integración comercial nos invitan a seguir considerando que este sistema fue montado especialmente para detener el avance del comunismo, pero ya no solo en su dimensión estrictamente ideológica –y por lo tanto económica–, sino también geopolítica y territorial, por la inevitable conjunción de ambos elementos: el ideológico y el geopolítico.

Aquí podemos ampliar nuestro ejercicio de teorización e ir un paso más allá: la Guerra Fría era, desde ya, una contienda entre dos sistemas económicos, y el avance del comunismo era un peligro existencial para el modelo económico, político y social que Estados Unidos y la Europa liberal fomentaban. Sin embargo, la contienda contra el comunismo encabezada por Estados Unidos también conllevaba una lucha por dominios territoriales, no solo en clave geopolítica clásica: esto es, la relación entre poder estatal y control territorial, sino también por el dominio de potenciales mercados: la demanda de áreas proyectualmente altas en productividad del mundo, por ejemplo, en el Sudeste Asiático, así como la mano de obra que abarata costos, unidas a un mercado mundial integrado por cadenas de suministro y rutas navegables comerciales constituían uno de los pilares en los que se imbricaba la

relación entre geopolítica y economía mundial. La Guerra Fría, por lo tanto, era una batalla geoeconómica y estratégica, y no solo una contienda ideológica. La guerra de Vietnam, sobre todo por su extensión temporal (casi veinte años), es un cabal ejemplo de esta dimensión geopolítica del conflicto.

Desglosando estos conceptos, es dable afirmar que la Guerra Fría fue, simultáneamente, un enfrentamiento *geopolítico* (por el dominio territorial en un sentido clásico); *geoeconómico* (por la proyección comercial que hacían las grandes empresas occidentales para conquistar mercados que estaban bajo el dominio del comunismo soviético, pero también chino); y *estratégico* (porque los mandos militares y la inteligencia de los países en disputa analizaban esta lucha con categorías históricas clásicas, a partir de las cuales evaluaban cómo mitigar daños mayores, actuando con la idea de que debía dividirse a quienes podían unirse y, mediante esa unión, volverse más fuertes).

Los '70: crisis, interdependencia y una China sigilosa

Un momento decisivo en este proceso ocurrió en 1971. Henry Kissinger, asesor principal del presidente Richard Nixon, simula una enfermedad mientras se encuentra en Pakistán y, con apoyo del presidente pakistaní Yahya Khan, toma un vuelo a China para reunirse con Zhou Enlai y establecer, a partir de entonces, una vinculación diplomática con la República Popular China que cambiaría para siempre las relaciones internacionales.

Como el foco de mayor peso estratégico era, en ese momento, contener el avance soviético, el gobierno de Nixon, bajo los consejos de Kissinger, buscó que Estados Unidos mejorase considerablemente las relaciones con la República Popular China, bajo la premisa de que la URSS constituía una amenaza para ambas naciones, aunque por razones opuestas.

La década de 1970 fue prolífica en acontecimientos históricos: en ella finalizan los “años dorados”, como denominó Eric Hobsbawm al período 1950-1973, en el que Europa tuvo un despegue económico potente y esperanzador, por el impulso del Plan

Marshal y por los beneficios de la integración comercial. También ocurrió un hecho significativo para la economía mundial: Richard Nixon daba por finalizada la convertibilidad del dólar contra el oro surgida de los acuerdos de Bretton Woods (una onza de oro por 35 dólares). Hasta 1971, el dólar era la moneda oficial que podía cambiarse por oro, y en efecto eso fue lo que había hecho Francia en 1965, al solicitar el intercambio de oro por 150 millones de dólares, lo que, en ese momento, tuvo un impacto negativo en la Reserva Federal de los Estados Unidos. La desconfianza se contagió rápidamente a Alemania, cuya economía venía creciendo sostenidamente, al tiempo que su Estado asumía cada vez más responsabilidades y gastos sociales.

Es así como, a partir de la crisis petrolera de 1973, las “economías del bienestar” comenzaron a registrar los problemas inherentes a su naturaleza. En efecto, como señalara con lucidez Claus Offe, el éxito social de las economías del bienestar reposaba en la desmercantilización de algunas áreas de la vida pública que los Estados consideraron necesario desmercantilizar para lograr una mayor inclusión. Sin embargo, dicha desmercantilización implicaba una carga significativa a nivel macroeconómico, por lo que los Estados de Bienestar comenzaron a sufrir crisis derivadas de una cuestión que Offe destaca sin matices: el déficit fiscal (Offe, 1990).

La crisis petrolera de 1973 será una de las más importantes del siglo XX, y en parte fue el acicate de la desestabilización de las economías del bienestar. Por primera vez después de años de reconstrucción, bonanza y crecimiento, el mundo atravesaba una crisis que lastimaba el núcleo de la productividad: el precio del combustible. No es casual que en este contexto adquirieran gran relevancia las teorías de la interdependencia. Sus dos mayores exponentes, Robert Keohane y Joseph S. Nye, publicarían en 1977 uno de los trabajos más influyentes acerca del “paradigma de la interdependencia compleja”. Así, los autores indicaron que “para entender el papel del poder en la interdependencia, debemos distinguir entre dos dimensiones: *sensibilidad y vulnerabilidad*” (Keohane & Nye, 1988, p. 26), y, en esa línea, refiriéndose precisamente a la crisis de 1973, indicaron que:

La vulnerabilidad es particularmente importante para entender la estructura política de las relaciones de interdependen-

cia. En cierto sentido, permite focalizar los actores que son “los definidores de la cláusula *ceteris paribus*”, que establecen las reglas del juego. La vulnerabilidad es claramente más relevante que la sensibilidad; se observa, por ejemplo, al analizar la política de materias primas tal como se dio en la supuesta transformación del poder tras 1973. Demasiado a menudo, un alto porcentaje de importación de materias primas es considerado como un índice de vulnerabilidad, cuando en sí mismo solo sugiere que la sensibilidad puede ser alta. (Keohane & Nye, 1988, p. 30)

De esta manera, Keohane y Nye aseveran que,

Un ejemplo de dependencia de sensibilidad es el modo en que Estados Unidos, Japón y Europa occidental resultaron afectados por el incremento de los precios del petróleo en 1971, en 1973-74 y en 1975 (...) Estados Unidos resultó menos sensible que Japón al alza de los precios del petróleo, porque una menor proporción de sus necesidades petroleras dependía de la importación; pero el rápido incremento de los precios y las largas filas en las estaciones de servicios demostraron que Estados Unidos también era sensible al cambio externo. (Keohane & Nye, 1988, p. 26)

Vemos entonces que incluso antes de la caída del Muro de Berlín, la cosmovisión epistemológica (pero también política) acerca de la interdependencia entre los Estados mediante un sistema económico transnacional había ido conquistando los círculos académicos y los espacios del poder global: burócratas profesionales de organismos multilaterales y *policymakers* le daban la bienvenida a un paradigma que explicaba muy bien las derivaciones de un sistema internacional cada vez más interdependiente por estar integrado comercialmente, y más constreñido por sus propias redes, al tiempo que estos profesionales se beneficiaban, en cierta forma, de una teoría que justificaba sus puestos de trabajo y su papel en el concierto internacional.

En la década del '70 también ocurrió un acontecimiento fundamental: Estados Unidos decide retirarse de Vietnam y el gobierno survietnamita sucumbe ante las fuerzas de Vietnam del Norte. Ton Duc Thang pasa a ser el primer presidente de la República

Socialista de Vietnam, aunque mucho le debía a la tenacidad con que encaró el conflicto su predecesor, Ho Chi Minh, quien había fallecido en 1969.

La guerra de Vietnam mostró los primeros destellos de la revolución comunicacional, es decir, de una de las mayores características –aunque no la única– de la interdependencia compleja. Las protestas en las ciudades más importantes de Estados Unidos por los costos humanos que tenía la guerra para las familias americanas se debieron en gran parte al papel que jugaron los medios de comunicación, y dieron como resultado un giro en la política de Nixon respecto de la guerra, que culminó con la retirada de los Estados Unidos.

Pero quizá el hecho más gravitante, visto retrospectivamente, que ocurriera en la década del '70 fueron las reformas aprobadas en 1978 por el Comité Central del Partido Comunista Chino, encabezado por Deng Xiaoping. Como bien indica Kissinger:

Deng Xiaoping entendía que China no podría mantener su papel histórico a menos que se comprometiera a nivel internacional. El estilo de Deng era discreto y certero: no alardear para no inquietar a los países extranjeros y no reclamar liderazgo, pero extender la influencia de China modernizado la sociedad y la economía. (Kissinger, 2016, p. 231)

En efecto, “en menos de una generación, China avanzó hasta convertirse en la segunda economía más grande del mundo” (Kissinger, 2016, p. 229). Cuando todos los focos apuntaban a la tensión entre Estados Unidos y la URSS o al enfrentamiento entre la República Democrática de Afganistán y los Muyahidines (conflicto que se extendió desde 1978 hasta 1989), China iniciaba un sigiloso proceso de reconversión económica y estratégica en medio de una crisis económica mundial signada por el abandono del patrón dólar-oro y por las crisis del petróleo, producto asimismo de una economía global cada vez más interdependiente.

Este proceso de transformación liderado por Deng Xiaoping llevará a China a posicionarse, a través de una serie de reformas concatenadas a lo largo de cuarenta años, en uno de los actores más relevantes de la política internacional del siglo XXI. China ha logrado poner en jaque la indiscutida supremacía económica

⁸⁾ Ver: <https://www.ft.com/content/a3e6174c-25e9-4428-9109-16e37319e9e2>

de los Estados Unidos, y alcanzó un desarrollo tecnológico que, en ciertas áreas, supera al país norteamericano. En efecto, hoy, en 2025, en medio de la crisis comercial desatada por la política arancelaria de Trump, China aparece como el socio más confiable para muchos inversores. En efecto, tal como indica una columna del Financial Times: “Xi Jinping’s China now provides more predictability for business than the US. That is shocking. It is also scandalous. People who supported Trump should have known that, fully liberated, he was bound to sow chaos.”⁸.

La estatalidad como fundamento del orden internacional: Rusia y China

⁹⁾ Ver: <https://www.elmundo.es/internacional/2025/03/19/67d-b07edfc6c831a608b45c1.html>

En un artículo publicado en *Foreign Affairs Latinoamérica* he señalado que la geopolítica y los conflictos territoriales son los aguafiestas de la democracia liberal, porque tienen la capacidad de irrumpir y cambiarlo todo con la soberbia de la desestabilización total: sin pedir permiso, sin dialogar y sin recurrir a mecanismos de solución de controversias. La geopolítica irrumpe a través del accionar de los Estados, sobre todo de las potencias. Justifico esta posición señalando que el regreso de Donald Trump al poder en 2025 da cuenta de la magnitud de esta cuestión. Ya que el cambio radical de política exterior de Trump acompaña vehementemente la dimensión geopolítica que Putin le dio a su accionar al invadir Ucrania, creando así incentivos en Europa para una necesaria escalada de inversiones en defensa que tienen como trasfondo las peores hipótesis respecto del proceder de Rusia: en efecto, la inteligencia alemana y danesa ya advierten que Rusia podría atacar un país de la OTAN antes de 2030⁹. El Trump de 2025 afianza y, sin decirlo, apoya la decisión tomada por Putin en febrero de 2022 cuando decidió invadir Ucrania, pues la situación de Ucrania es mucho peor que antes de la victoria de Trump, y este empeoramiento se debe sin dudas a la política exterior de Trump: el país liderado por Zelenski se quedará con una administración mucho más reducida de sus recursos estratégicos, habrá perdido miles de soldados y civiles y, casi con seguridad, perderá también porciones importantes de territorio.

En ese artículo en *Foreign Affairs Latinoamérica* señalé también que un contra-fáctico triunfo demócrata habría revelado, de todas formas, lo que llamé “la soberbia de la geopolítica”, esto es, la imposibilidad de la paz. A primera vista, parece una aporía que ambos escenarios (victoria de Trump o victoria Demócrata) conduzcan a un mismo “destino”. Sin embargo, ese destino estaba ya trazado en el tablero internacional por razones que exceden a la política interna de los Estados Unidos, ya que la invasión de Rusia a Ucrania desató una guerra que no guarda, bajo ningún contexto, la posibilidad de una solución pacífica. Por supuesto, esto no significa que la victoria de Trump favorezca geopolíticamente a Rusia y le ayude a salir del atolladero en el que estaba por el apoyo que Estados Unidos estaba proveyendo a Ucrania. En ese artículo afirmo que:

Desde el momento en que Putin decidió invadir un país soberano —aun con el argumento geopolítico mayor de que Ucrania nunca debía haber siquiera atinado a incorporarse a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)— dotó al sistema internacional de una nueva configuración. (Rocha, 2025)

Cuando Vladimir Putin, en diferentes momentos de su mandato, toma decisiones en función de la autoridad que le viene dada a Rusia por el lugar que le toca en el concierto internacional, lo que está haciendo es recuperar la estatalidad, y con esta recuperación no hace otra cosa que dotar al sistema internacional con las características que esbozó el realismo clásico: aquellas que consideran que son los grandes potenciales las que definen *realmente* el curso de la política internacional. Esto no quiere decir que no existan constricciones derivadas, por ejemplo, de la interdependencia financiera o comercial, tal como he intentado explicar a través de los grandes aportes de Keohane y Nye. Sin embargo, tales constricciones impactan de forma desordenada y asimétrica en los actores del sistema internacional, y no llegan a configurar el orden en un sentido primordial, sino que van llevando a los Estados y a los organismos multilaterales en los que estos se interrelacionan a buscar mecanismos de cooperación que mitiguen los efectos de las crisis. Esto también lo he intentado demostrar con el ejemplo de la crisis financiera de 2008, la cual obligó a los Estados europeos

a coordinar mecanismos con los bancos para evitar el colapso del sistema. Pero aun en esos casos el sistema internacional seguía relativamente en el mismo estado de situación en lo que hace a cuestiones estratégicas.

Ahora bien, cuando Rusia interviene en Georgia (2008) despierta alarmas en la comunidad internacional. Luego, en 2014, cuando se anexiona Crimea, la situación empeora y arriesga a una crisis profunda en sus relaciones con Europa. Asimismo, su relación con los Estados Unidos comienza a entrar en un pantano diplomático irreversible. En febrero de 2022, el sistema internacional cambia drásticamente porque la invasión por parte de Rusia a un país soberano corrompe todos los estándares del derecho internacional y retrotrae la política internacional a su arena más áspera, más tradicional, dejando a la interdependencia y al globalismo arrinconados en una discusión sin lo que la dialéctica hegeliana denomina *aufheben*: aquel proceso en el que, aun en la negación de la negación, se conserva parte de lo negado o abolido. Occidente queda así atrapado en una *dialéctica negativa*, sin poder avanzar hacia el estadio siguiente, sin conservar parte de lo negado, ya que al plantear un *chicken game*, Putin obligó a Occidente a repensar la posibilidad de la guerra, que puede darse de forma convencional, pero que puede incluir, también, el uso de armamento nuclear táctico. Occidente decidió condenar a Rusia a través de sanciones, y brindar apoyo moral y declarativo a Ucrania, además de soporte en inteligencia y recursos económicos y militares.

Sin embargo, la acción militar directa quedó reducida a un conflicto entre Rusia y Ucrania. Europa volvía a convertirse en un teatro de operaciones militares en pleno apogeo de las políticas de la diversidad y del avance de una cultura profundamente permeada por los valores liberal en todas sus formas. A contramano de la historia, Rusia con sus acciones en Georgia, Crimea y finalmente con su invasión a Ucrania, y China con sus insinuaciones hacia Taiwán, rompían la *burbuja hermenéutica* en la que Occidente se había envuelto para evitar siquiera pensar la guerra entre potencias como posibilidad.

Desde la circunstancial toma de poder de Putin, en 1999, e inclusive durante el mandato de Medvedev (en el que Putin siempre ejerció el poder real), Rusia comenzó a ejercer con mayor autori-

dad su rol de gran potencia. No resulta necesario aclarar que Rusia es una gran potencia. Sabemos que gracias a su aporte militar se derrotó al nazismo, razón por la cual en Rusia se considera a la Segunda Guerra Mundial como la “Gran Guerra Patria”, además de poseer uno de los mayores arsenales nucleares.

Esta recuperación de la estatalidad desde que Putin se hizo con el poder coincide con la adopción de la “doctrina Primakov”, que pondera, en efecto, la supremacía militar e histórica de Rusia respecto de todos sus vecinos europeos, a los que considera como países menores en el plano estratégico. De esta manera, la recuperación de la función del Estado como aquel que *decide*, bajo el mandato de soberanía que le es otorgado por el pueblo, parte del apotegma de que no hay arreglo institucional ni un sistema integración económica o cultural que pueda tener la *autoridad* ni el *poder* para imponerle a Rusia la definición de su propio interés nacional.

Esta recuperación de la estatalidad, “a lo ruso”, también sucede en el caso de China, aunque se da, en efecto, “a lo chino”. El rol del Estado en China es central en todo el proceso que inicia desde 1977, es decir, desde Deng Xiaoping. Como señala Osvaldo Rosales:

Retornando al poder, Deng reiteró sus inquietudes de siempre: énfasis en el *catching-up*, es decir, alcanzar a las economías occidentales más avanzadas, sobre la base de adelantos en ciencia, tecnología y educación. Deng se orientó a elevar el nivel de las ciencias en China al promover la formación de una masa crítica de varios miles de científicos a los que dotó de facilidades y de seguridad económica. (Rosales, 2020, p. 53)

La puesta en marcha del proyecto de la Franja y de la Ruta es solo un elemento, seguramente el más notorio en el plano de la política exterior, de la importancia de la estatalidad en la proyección de China hacia el mundo. Sin entrar en los detalles acerca de que se trata de una cultura milenaria que cultiva la paciencia estratégica y de que, por esa razón, tiene una concepción del tiempo muy dislocada de la temporalidad occidental, lo que aquí resulta de interés es destacar el rol que el Estado tiene en la noción del desarrollo de China, pues aquella apuesta por el desarrollo científico-técnico promovida por Deng Xiaoping tuvo como elemento esencial la

articulación epistémica y científica estatal. Como señala el Dr. Alberto Hutschenreuter:

La tecnología, por tanto, es el componente clave de lo que se denomina “modelo ACGT” (autoritarismo, consumismo, ambiciones globales y tecnología). El poder chino de hoy es una fuerza proteica y dinámica formada por el nexo entre esos componentes, siendo sin duda la tecnología el factor clave para mover al país hacia adelante sin que se produzcan fracturas. (Hutschenreuter, 2025, p. 232)

Intentando salir de la burbuja hermenéutica: la estatalidad es siempre de orden geopolítico

Si durante tantos años hemos dejado de pensar lo estatal en un sentido clásico, esto es, como una esfera en la que convergen el poder territorial, económico, militar y armamentístico, y también tecnológico e intelectual, fue porque necesariamente hubo una preponderancia de una dimensión sobre las otras. Lo que en economía se conoce como “dominancia”, habitualmente aplicado al ámbito de la política monetaria (cuando esta se encuentra bajo la dominancia de la política fiscal y depende de ella), también ha ocurrido en el plano epistemológico de las relaciones internacionales. Hubo, efectivamente, dominancia de las corrientes de la interdependencia y el transnacionalismo en la hermenéutica de la política internacional desde 1945 en adelante. Este proceso fue gradual e *in crescendo*, irrumpiendo en los círculos intelectuales y de poder a partir de los trabajos de Keohane y Nye, en 1977, tal como lo hemos analizado, y adquiriendo su estatus absoluto durante la década de los 90. Sin embargo, a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001, y de los dos acontecimientos clave que aquí hemos analizado: el discurso de Putin en la Conferencia de Seguridad de Munich de 2007, y la crisis *subprime* de 2008, la burbuja hermenéutica en la que nos hemos manejado comenzó a mostrar su fragilidad para explicar precisamente la política internacional.

Resulta necesario dejar claro que hablar de estatalidad y de geopolítica no implica necesariamente una apología de la guerra. Pero tampoco implica descartarla. La guerra es la última *ratio* de la política entre las naciones. Cuando Carl von Clausewitz señaló que “La guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una gestión de estas por otros medios”, no estaba diciendo que la guerra era deseable y que, por lo tanto, fuera exactamente “lo mismo” que la política. En efecto, en su tratado *De la guerra* distingue entre la política objetiva, es decir, las instituciones, y la política subjetiva, entendiendo a la guerra como subordinada al mando político. Lo que Clausewitz señaló, y que en buena medida se encuentra también en el pensamiento de Carl Schmitt, es que los Estados tienen la potestad de hacer la guerra, y que esta es, en última instancia, la fase final de la voluntad política: la *ratio* última de lo político, esto es, “el borde” al que arriban los gobernantes de los Estados luego de haber evaluado porqué es más conveniente iniciar una guerra que no iniciarla. Pero la guerra es siempre patrimonio de los Estados, que, bajo el mando político, son los que deciden si efectivamente llevarán a cabo una contienda militar.

Ahora bien, en el concierto internacional de los últimos veinte años, se han *incrementado* diferentes formas de la guerra, como las denominadas “guerras híbridas”, en muchos casos, por la demonización de la guerra convencional por parte del transnacionalismo globalista. La contratación de mercenarios por parte de Estados es otra modalidad que se ha vuelto recurrente, así como la guerra cibernética atacando infraestructuras críticas.

No es el objetivo de este ensayo adentrarse en las problemáticas que suscita la emergencia de guerras de corte más “sucio”, menos declaradas, que en el fondo pueden buscar lograr un objetivo concreto y veloz para mejorar la posición del país que usa estas tácticas en una mesa de negociación en curso (o por darse).

Lo que aquí se ha intentado dar cuenta es que, si bien existen instituciones transnacionales y organismos multilaterales que acentúan la interdependencia en materia financiera y comercial, así como cultural y migratoria, la estatalidad y la geopolítica terminan siendo la última *ratio*, como en el caso de la guerra, de la política entre las naciones. Hay todo un sistema de filtros, de con-

tenciones globales, hasta que la dimensión geopolítica y existencial de los conflictos irrumpe y cambia drásticamente la gramática del sistema internacional. La interdependencia ha terminado funcionando como un *buffer*, una suerte de “cordón sanitario” ante la potencial amenaza clásica. De esa manera, la interdependencia y el multilateralismo han sido, al fin y al cabo, un sistema de neutralización necesaria pero también precaria, inestable, en la medida en que las grandes potencias comienzan a reclamar, por motivos diferentes y a veces inesperados, sus porciones de poder en la configuración del orden internacional, como ocurre de diferentes modos con Rusia y China.

Es así como China, estimulada por esa estrategia que, siguiendo el razonamiento que hemos propuesto, tenía como fin impedir el avance ideológico y geopolítico del comunismo, se forjó de tal forma al calor de los incentivos del comercio mundial que hoy, en una suerte de dialéctica histórica, llega incluso a entender mejor el funcionamiento de ese sistema creado, paradójicamente, para contener el avance de la Unión Soviética, pero también de ella misma.

Excurso sobre América Latina

El caso latinoamericano presenta particularidades respecto de estos asuntos. En primer lugar, porque se trata de una región geográficamente despareja. Un ejemplo básico es que México forma parte de Latinoamérica, por razones históricas y culturales, pero geopolítica y económicamente se encuentra en el ámbito de actuación de América del Norte. En cierta medida, algo similar puede decirse respecto de la mayoría de los países de América Central. Particularmente, los casos de Guatemala, Honduras, El Salvador y Panamá se constituyen hoy como los focos de mayor interés de los Estados Unidos, por la influencia que China ha venido teniendo en esos países. En efecto, las relaciones comerciales y geopolíticas de todos ellos con los Estados Unidos y China son mucho más profundas que con América del Sur. Vale recordar que Guatemala y Paraguay son los únicos dos Estados en la región que siguen reconociendo la autonomía de Taiwán. Por otro lado, Nicaragua, Venezuela y Cuba son en sí mismos un caso aparte, pues Estados Unidos sabe que en esos tres países la influencia de China y Rusia

ha aumentado, aunque con diferencias según las áreas de interés tanto de China como de Rusia.

Brasil, Argentina, Chile, Colombia, Bolivia y Perú mantienen una línea ambivalente, dependiendo de qué proyecto político se encuentre en el poder, pero a grandes rasgos es dable afirmar que Bolivia, Brasil y Perú mantienen una relación más profunda con China que los casos de Argentina, Chile y Colombia. La construcción del Puerto de Chancay en Perú implica un hito en las relaciones entre China y Perú y, asimismo, en la proyección geopolítica de China en la Región.

Con todo, como en América Latina no hay grandes potencias cuya estatalidad se encuentre amenazada, la interdependencia económica y aduanera se hace mucho más gravitante que los conflictos territoriales, militares o tecnológicos. De todas formas, no hay que descuidar que el conflicto entre Venezuela y Guayana por el Esequibo, en donde ExxonMobil descubrió fuentes petrolíferas en 2015 en zona marítima, y luego en 2024 en el pozo Bluefin del bloque Stabroek (ubicado en la costa del Esequibo), es un potencial foco de conflicto militar. En este caso, el involucramiento de los Estados Unidos, más aún con Trump como presidente, no debe ser descartado. Por el contrario, el conflicto entre Guyana y Venezuela podría ser una oportunidad para la administración Trump de demostrar que su teoría del *madman* no es solo una táctica para negociar, sino que puede ser ejecutada según específicas decisiones estratégicas. De esa manera, Trump podría dar lugar también a la recuperación de la suerte de “neo Doctrina Monroe” que su política exterior pareciera querer restituir, resignificando a la clásica del siglo XIX. En ese sentido, Venezuela constituye un espacio de mayor relevancia estratégica que Nicaragua o Cuba para los Estados Unidos debido a sus recursos, por lo que el conflicto con Guyana podría ser la puerta a una intervención directa de los Estados Unidos en la dictadura de Maduro.

Conclusiones

La burbuja hermenéutica a la que nos hemos referido en este ensayo consiste entonces en una interpretación de las relaciones de poder internacional que escamotea la relevancia de la geopolítica y de los conflictos epistemológicamente alojados en la doctrina del realismo político. Los intereses de las potencias, que se mani-

fiestan a través de sus proyecciones geopolíticas, geoeconómicas y por lo tanto militares y estratégicas, han sido atenuados por una corriente interpretativa que ponderó la interdependencia en los ámbitos comerciales, financieros y tecnológicos, dando lugar a una concepción de las relaciones internacionales en clave más transaccional que de poder en un sentido clásico.

Tal vez una forma relativamente viable para evitar caer en nuevas “burbujas hermenéuticas” podría partir de la identificación del *poder articulado en torno del territorio, de la tecnología y la innovación militar*, atribuyendo siempre mayor importancia a las potencias en este asunto, pero sin descuidar en general la condición de la estatalidad como estructurante del sistema internacional. Es decir que, en la medida en que *esta articulación siga en manos de los Estados*, será difícil que el interés nacional y la razón de Estado puedan ser realmente reemplazados por cualquier forma de interdependencia o integración.

Referencias

- Davies, R. (2022, 10 de marzo). Oleg Deripaska: Putin ‘favourite’ with strong ties to UK politics. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/world/2022/mar/10/oleg-deripaska-profile-putin-britain>
- DW Noticias. (2024, 8 de mayo). Reino Unido expulsa a agregado de defensa ruso en Londres. *DW Noticias*. <https://www.dw.com/es/reino-unido-expulsa-a-agregado-de-defensa-ruso-en-londres/a-69031303>
- Fernández, A. (2022, 24 de junio). El CNI grabó a espías rusos entrando en el Govern y repartió fotos a servicios secretos europeos. *El Confidencial*. https://www.elconfidencial.com/espana/cataluna/2022-06-24/el-cni-grabo-a-espias-rusos-entrando-en-el-govern_3448703/
- Wolf, M. (2025, 15 de abril). The economic consequences of a mad king. *Financial Times*. <https://www.ft.com/content/a3e6174c-25e9-4428-9109-16e37319e9e2>
- Hutschenreuter, A. (2025). *La geopolítica nunca se fue. Los grandes acontecimientos mundiales en clave política, territorial y de poder*. Almaluz.

- Infobae. (2025, 9 de marzo). Descubrieron en Reino Unido una segunda red de espías rusos que planeaba asesinar a periodistas con métodos “más allá de la imaginación”. *Infobae*. <https://www.infobae.com/america/mundo/2025/03/09/descubrieron-en-reino-unido-una-segunda-red-de-espias-rusos-que-planeaba-asesinar-a-periodistas-con-metodos-mas-alla-de-la-imaginacion/>
- Keohane, R. & Nye, J. (2006). *Poder e interdependencia. La política mundial en transición*. Nuevo Hacer - GEL.
- Kershaw, I. (2019). *Ascenso y crisis. Europa, 1950 a 2017: un camino incierto*. Crítica.
- Kissinger, H. (2016). *Orden mundial. Reflexiones sobre el carácter de los países y el curso de la historia*. Debate.
- Rocha, A. (2025, 14 de abril). El hermano y la encrucijada de Occidente. *Foreign Affairs Latinoamérica*. <https://revistafal.com/el-hermano-y-la-encrucijada-de-occidente/>
- Rosales, O. (2020). *El sueño chino. Cómo se ve China a sí misma y cómo nos equivocamos los occidentales al interpretarla*. Siglo XXI.
- Viaña, D. (2025, 20 de marzo). La UE teme que Putin ataque a un país de la OTAN antes de 2030: “Los servicios de inteligencia de Dinamarca y Alemania lo avisan”. *El Mundo*. <https://www.elmundo.es/internacional/2025/03/19/67db07edfc6c831a608b45c1.html>

